



Vol. 5, No. 2, Winter 2008, 352-355

www.ncsu.edu/project/acorriente

Review/Reseña

Carlos Monsiváis, *Las herencias ocultas de la reforma liberal del siglo XIX* (México: Debate, 2006).

Monsiváis y la tradición liberal en México

Adela Pineda

Boston University

A pesar del decisivo protagonismo cultural de Carlos Monsiváis en el escenario nacional de nuestros días, su libro *Las herencias ocultas de la Reforma liberal del siglo XIX* (Debate, 2006) ha tenido una recepción discreta, algo por demás previsible si se considera que no se trata de una primera edición.¹ A primera vista tal inadvertencia parece provenir del tema del libro: el herrumbroso siglo diecinueve mexicano y sus ídolos de piedra, los liberales de la Reforma. Hoy día, se tiende a asociar a Monsiváis con la sensibilidad posmoderna y con una mirada que, desviada de la

¹ La primera edición fue publicada en el año 2000 por el Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América.

centralidad de los meta-relatos nacionales, hace de lo popular urbano y de lo mediático un punto de partida para el análisis cultural contemporáneo. Por ello resulta difícil vincularlo con un tema “pasado de moda”, un tema paradójicamente sepultado a tanto de ser reiterado por los voceros de la cultura oficial del siglo veinte.

La incursión de Monsiváis en la era del nacionalismo secular del México decimonónico descubre propósitos y visiones ideológicas determinadas; en sus crónicas más conocidas el juicio ideológico no siempre es ostensible puesto que se disimula frecuentemente tras la parodia, el montaje, la fragmentación y el collage. En este libro el autor no abandona estos rasgos fundamentales de su estilo; sin embargo, precisamente a través de la parodia que define la estructura del primer capítulo (un concurso televisivo para elegir a Benito Juárez protagonista de una serie policial), Monsiváis lanza la pregunta existencial que motiva una lectura pedagógica del liberalismo desde la circunstancia actual: “¿Qué se hace con un héroe? ¿A cuántos jóvenes les interesa recobrar la independencia de su patria? ¿Se les pide a los ciudadanos tomar por asalto las trasnacionales como antes se tomaban las ciudades?” (55).

Sin perder de vista este escepticismo fundamental, Monsiváis intenta devolverle al hoy día inofensivo liberalismo de la Reforma su inicial virulencia contestataria con una radical contextualización del periodo y a partir de una constante yuxtaposición con el presente, blanco de su crítica más acendrada. Para Monsiváis, la actualidad de la tradición liberal es clara pese al anacronismo de su estilo: ahí están el ejercicio crítico de la lectura y la escritura, la búsqueda del conocimiento secular, el apego a las libertades y a la tolerancia a través de la ética republicana y el ejercicio de la soberanía.

El autor analiza la meta primordial de los liberales (la fundación de la nación republicana) a través de sus vehículos discursivos más recurridos (la literatura y la historia) y de sus instituciones sociales (la educación laica). Hace una selección estratégica de los protagonistas (Benito Juárez, Juan Bautista Morales, alias el Gallo Pitagórico, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, alias el Nigromante, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Payno y Vicente Riva Palacio) y reconstruye su acción radical en una época adversa

de maledicencia política cuyo emblema más elocuente es Antonio López de Santa Anna.

El autor selecciona estratégicamente a estos protagonistas dedicándoles un capítulo por separado porque trata de presentar el panorama liberal como un mosaico de contrastes y discrepancias. Al situarlos en sus circunstancias sin minimizar errores políticos o limitaciones ideológicas y estéticas, el autor les devuelve la vigencia; resalta la posición irreducible de cada uno de ellos, develando lo que la historia oficial soslaya: sus enfrentamientos (el caso de Ignacio Ramírez frente a Juárez es paradigmático), sus contradicciones (nacionalismo y paternalismo eurocentrista, laicismo y retórica devocional, escepticismo y lirismo romántico), su excentricidad y su radicalismo. El universalismo implícito en las hoy día incómodas mayúsculas de Patria y Nación se comprende solamente si se analiza a la luz del contexto: saña eclesiástica, dos intervenciones extranjeras, bandolerismo, pobreza del erario público, malinchismo burgués; en suma, momento en que la Historia es contienda, el nacionalismo excentricidad y el laicismo arma de Luzbel. El autor reivindica la heroicidad del liberalismo solamente desde esta adversidad política y social y, diacrónicamente, testifica su triste desenlace porfiriano: “los puros, los idealistas, ganan la guerra y pierden la paz, desplazados por políticos ambiciosos y por industriales y comerciantes hábiles” (43).

El énfasis del autor al transmitir el cansancio de Altamirano frente a la “burocratización del ánimo” en la frívola y apaciguada sociedad porfiriana, es su recurso para resaltar el proceso de institucionalización de la empresa liberal. Tal lectura no está desprovista de nostalgia y también de ironía. En el espejo del Porfiriato el autor constata los males del presente: “más allá del núcleo civilizatorio, prosiguen el despilfarro de recursos, la barbarie gubernamental...el aletargamiento de siglos” (43). Sin embargo, frente a este criterio de periodización “Reforma-Porfiriato”, el autor establece otro tipo de genealogías. Así, por ejemplo, Ignacio Ramírez es el antecedente lógico de Ricardo Flores Magón por su crítica a la Constitución liberal al reivindicar el trabajo físico, exaltar a los débiles y criticar el uso de la metafísica como arma del poder letrado.

A los capítulos dedicados a estos seis protagonistas les precede un prólogo que anuncia la intención del autor en la presentación de temas, actores y estrategias. Asimismo, los capítulos “El Estado y la Iglesia” y “De las creaciones de la memoria popular” (capítulos cuatro y ocho respectivamente) dimensionan el protagonismo de las semblanzas al reflexionar sobre coyunturas y contradicciones. En el primero de ellos, el autor resalta la acción de un Estado liberal difuso y débil frente a la hegemonía social, cultural y política de la Iglesia, prolongación de la áulica tradición colonial. Sin embargo, también señala la inevitable descentralización del autoritarismo eclesiástico frente al impromptu de la secularización, inclusive más allá de la acción concreta de los liberales; por otro lado, también constata la paradójica persistencia de una retórica devocional en el discurso liberal así como la persistencia de un cristianismo secular en la ideología de estos próceres de la Reforma. En el segundo de estos capítulos Monsiváis incursiona en una preocupación típica de su obra: ¿cómo resentían los proyectos del liberalismo (en especial la transmisión de una historia secular de la nación) los sectores populares? Esta preocupación reaparece en casi todos los capítulos.

De allí que el autor recupere, del estilo inflamado y oratorio del liberalismo, el lenguaje crítico y la ironía pero también la veta democratizadora. Para Monsiváis, el costumbrismo no es un catálogo de estereotipos y fisiologías, sino la inclusión de la cotidianeidad y de un espectro social más amplio en el ámbito de la literatura. De igual forma, el folletín y el melodrama están emparentados con los usos populares de hacer historia: “el cuento interminable que resurge al filo de la noche”. Lejos de menospreciar las posibilidades narrativas del folletín (el individuo solo frente al laberinto social), Carlos Monsiváis parece ratificar, en el México actual, el mensaje político de sus cultivadores liberales: al palaciego pasado clerical no lo redime ningún culto a la tradición.